

Capítulo II

LA DISMINUCIÓN DE LA ESPERANZA DE VIDA EN LIMA POR FALTA DE ATENCIÓN MÉDICA. INFORMES QUE MUESTRAN LA PROPORCIÓN DE MUERTES CON RESPECTO A LA POBLACIÓN DE LIMA. LA PROPORCIÓN ENTRE LOS DIFERENTES SEXOS Y CASTAS DE LA POBLACIÓN

SI LA MODERACIÓN DE LAS ENFERMEDADES EPIDÉMICAS contagiosas permitiera dar una medida justa para juzgar el clima de un lugar en particular o la atención médica en dicha comunidad, Lima seguramente se clasificaría como una de los más favorables. Pero, pese a que la construcción de las casas y la ubicación de esta capital sea abierta y espaciosa (y a lo que se pueda decir a favor o en contra del aseo personal y doméstico de sus habitantes, y de otras circunstancias que afectan la salud de los individuos), debe admitirse que la salubridad de la ciudad y la calidad de vida que permite se ven materialmente disminuidas por la falta de la debida atención a la higiene pública.

Las acequias o canales que pasan por todas las calles principales de este a oeste, y que tienen ramales para las huertas y los conventos, etc., son, después de haber atravesado la ciudad, de cierta utilidad para los campos que hay entre la urbe y el puerto. Pero, en general, la agricultura, como cualquier otro ramo de la industria, está descuidada desde la revolución. Los drenajes, destinados a llevar el agua sobrante de la ciudad por una suave ladera para regar el suelo fértil que de otro modo no podría liberar sus propiedades nutricias ni alimentar a las plantas, se encuentran a menudo en condición ruinoso. Por ello, el agua se queda estancada en algunas partes y corre sin provecho en

otras, sin ser utilizada para aquellos fines benéficos del cultivo que serían el medio de fomentar la salud, la población y todos los recursos de Lima y sus alrededores. Por las acequias de las calles se ven durante todo el día industriosos gallinazos (de lejos los agentes más eficientes de la higiene) engullendo los desperdicios lanzados a estos receptáculos de todo tipo de sobras. Cuando el agua corre en poca cantidad, o ha dejado de correr por completo por descuido, la cantidad de restos animales y vegetales que se deja acumular negligentemente en estas acequias emite una profusión de miasmas venenosos y volátiles, más o menos penetrantes y perniciosos, según la estación del año y la temperatura del clima.

El estiércol extraído de los corrales y establos —que puede ser empleado de manera que recompense con abundancia la labor del agricultor y permita, al mismo tiempo, embellecer en un grado incalculable las llanuras adyacentes— cuando no se arroja a las acequias, es llevado al pie de las gruesas murallas de la pintoresca ciudad, y allí se amontona día tras día; o si no se elimina así, se lleva al borde del río, donde se va acumulando en montículos que fermentan y crecen de tamaño diariamente. Allí absorben la humedad y generan miasmas que vician el aire que respiran los habitantes, cuya pereza es castigada de ese modo. Estamos convencidos de que su desatención al aseo y a la salubridad de la capital contribuye, en gran medida, a acarrearles una buena proporción de enfermedades y de mortalidad de lo que a primera vista se podría esperar de las características del clima. Asimismo, se dice que aquellos lugareños que han llevado una vida de hábitos bien regulados alcanzan una feliz edad avanzada en Lima; e, incluso existen casos de varios individuos de más de cien años de edad que preservan una considerable actividad corporal y vivacidad mental. Cuando dejé Lima en 1836, vivía un activo y pequeño fraile franciscano que según se decía tenía mucho más de cien años. Un caballero español apellidado Pellicer, muy notable por la agudeza y el vigor de sus facultades mentales y su salud en general, murió durante nuestra estadía a la edad de 102 o 103 años, y se pueden mencionar otros casos semejantes; no obstante, son excepciones. Vale la pena subrayar especialmente que, cualesquiera que sean las causas que tienden a producir el penoso resultado, la verdad es que la mortalidad global es muy alta, hecho que

los documentos del Panteón confirman plenamente como puede verse en los documentos incluidos.

Cuadro que muestra el número de fallecidos en Lima y sus alrededores desde 1826 hasta 1835, ambos incluidos¹

Año	Fallecidos
1826	2075
1827	2162
1828	2106
1829	1948
1830	2118
1831	1871
1832	2576
1833	3305
1834	2744
1835	2603
Total de fallecidos de los diez años precedentes	23.508

Antes de formular algunas observaciones sobre el cuadro anterior realizado a partir del cuidadoso examen de los libros de registro pertenecientes al Panteón o cementerio público de Lima, no debe omitirse establecer cuál era la población de Lima cuando se hizo el último censo, poco antes de que estallara la revolución, y cuando se suponía que la ciudad estaba llena de gente y en la cima de la prosperidad. Este censo,

1. Fuentes contemporáneas dan cifras distintas: 2668 cadáveres enterrados en el Cementerio General en 1826, y 3171 en 1827 (Cementerio General de Lima, “Noticia de los cadáveres que [se] sepultaron en él desde su apertura en 1 de junio de 1808, hasta 31 de diciembre de 1827”, *La Prensa Peruana*, 12 de agosto de 1828, n.º 70: 3). Smith o sus informantes, como se dice más abajo, las consultaron, pero parecen haber realizado, además, una compulsa con documentos de archivos ya perdidos (N. de la T.).

realizado por Juan Bazo,² uno de los *oidores* o jueces de la Audiencia de esa época, y fechado en Lima, el 30 de septiembre de 1818, concluía, en síntesis, que la capital contaba entre sus muros, así como en las chozas y cabañas cercanas a las puertas de la ciudad y los suburbios de San Lázaro, con 54.098 personas de todos los sexos, castas, estados y condiciones, de los cuales 27.545 eran varones y 26.553 mujeres.

Durante los diez años comprendidos en el cuadro de mortalidad anterior, los limeños mejor informados han estimado que la población de Lima era mucho menor, mientras que en la época del censo de Bazo se encontró que había más de 50.000. Sin embargo, hasta cierto punto, esto es materia de conjetura pues no existen datos ni censos posteriores en manos de los patriotas con los que verificar este asunto de manera precisa; aunque por el número de casas abandonadas y la gran disminución de peones para la agricultura y la horticultura, probablemente no estamos lejos de la verdad al calcular en 45.000 la población promedio de la capital y suburbios en los últimos veinte años, en cuyo caso según la tasa señalada, desde 1826 hasta 1835. Además, las muertes, durante veinte años, sumarían 47.000, un número superior al dado para el total de la población.

No es irrelevante advertir que, en el año de 1828 (veinte años después que el Panteón se había abierto para los entierros), el muy recordado general La Mar, en ese entonces presidente del Perú, visitó el cementerio y quiso (según nos dicen por sugerencia de uno de los capellanes del cementerio, don Mariano Castilla, un caballero que tenía el honor de acompañar a su excelencia) informarse, después de consultar los archivos pertinentes, del número total de cadáveres enterrados durante los veinte años que había estado abierto al público; y nos aseguran que el resultado correspondía casi exactamente con

2. El autor lo llama "John Baso". Se trata de don Juan Bazo y Berry (1756-?), oidor de la Audiencia de Lima desde 1816 hasta 1821, año en que se retiró a España. Había sido administrador de fábricas del Real estanco de tabacos, teniente asesor de la Intendencia de Trujillo a fines del siglo XVIII. Por encargo del virrey Pezuela formó un padrón de habitantes de Lima (De la Pezuela y Sánchez 1947: 389; Del Pino 1987, t. 1: 268). Lamentablemente no hemos podido encontrar el documento que consultó y citó Smith (N. de la T.).

la tasa expresada en nuestro enunciado precedente. Los archivos de la Beneficencia que el capellán pudo consultar están ahora perdidos o no se encuentran; pero la cifra que proporcionó al general La Mar, después del examen de esos documentos entonces existentes, fue publicada en alguno de los periódicos de ese tiempo. Volviendo al cuadro de mortalidad se puede observar que, durante los últimos cuatro años, las defunciones aumentaron con respecto a las que tuvieron lugar en los seis años anteriores. La razón más obvia que podemos dar es que el último administrador y guarda del registro, a cuyo cargo se dejaron los libros durante los primeros seis años, no registró el número de *expuestos*, es decir, aquellos cadáveres abandonados secretamente en lugares abiertos como por ejemplo, la entrada del Panteón, del hospital o de los conventos; pero su sucesor, Pazos,³ ha sido muy cuidadoso en introducir una correcta enumeración de esos cadáveres desechados, tal como el escritor ha tenido oportunidad de comprobar al revisar los libros de esta gentil persona, quien prestó voluntariamente su ayuda ofreciendo los detalles con los que se calculan los resultados generales expresados en el cuadro.

El número de *expuestos* es casi increíble y muestra la gran pobreza prevaleciente, pues es cuando menos caritativo pensar que nadie desearía así los restos de un niño excepto una persona que esté privada de los medios corrientes para cubrir el gasto de un modesto entierro, pero se dice que en este asunto los padres de un difunto cometen muchos fraudes porque, para evitar pagar los costos normales del funeral, dan al cochero de la carroza fúnebre unos cuantos reales para recoger los cadáveres expuestos y llevarlos a ser enterrados en el cementerio. Por estas consideraciones, no es inadmisibles inferir que el aumento de defunciones durante los últimos cuatro años del cuadro no ha sido tanto real como aparente, debido a la omisión del debido registro de los *expuestos*. Tampoco se aprecia en un documento que tenemos ahora a la vista, titulado *Guía política, eclesiástica y militar del Perú para el año de 1793* [1793a] del famoso y encomiable doctor don [Hipólito]

3. Se trata de José Pasos quien figura en 1833 y 1834 como subastador del Cementerio General (Paredes 1833: 50, 1834: 55) (N. de la T.).

Unanue, que la cifra bruta de defunciones haya cambiado en proporción a la población existente, hasta el punto en que muchas personas se inclinarían a creer en razón del gran aumento de la pobreza y desmoralización que se han experimentado desde esa época. En 1793, la población calculada en la *Guía* era 52.627 y el número de muertos 2795, sin incluir los casos de monjas ni eclesiásticos, los cuales, en conjunto, formaban una categoría numerosa de la población de Lima y deben haber tenido un buen número de defunciones en sus filas que incrementarían la cifra verdadera de la mortalidad.⁴

4. La proporción que mantenían entre sí los diferentes sexos, castas y condiciones, etc. de los habitantes de Lima en el año 1818 puede ser conocida con el siguiente resumen tomado del padrón realizado por el oidor Juan Bazo.

Resumen de hombres por castas		Resumen de hombres por cuarteles	
Españoles seculares	8406	1° Cuartel	6841
Sacerdotes y frailes	1331	2° Cuartel	5882
Mestizos	2660	3° Cuartel	6389
Indios	1561	4° Cuartel	3512
Negros y pardos libres	4220	Cercado	259
Negros y pardos esclavos	4705	Esclavos en los cuarteles	4662
Total	22.883	Total	27.545

Resumen de mujeres por castas		Resumen de mujeres por barrios	
Españolas seculares	8455	1° Cuartel	7975
Monjas	506	2° Cuartel	6090
Mestizas	3262	3° Cuartel	7420
Indias	1731	4° Cuartel	7456
Negras y pardas libres	7715	Cercado	312
Negras y pardas esclavas	3884	Esclavas en los cuarteles	---
Total	26.553	Total	26.553

Total	
Hombres	27.545
Mujeres	26.553
Total	54.009

Para transmitir una idea pormenorizada de las diferentes razas de los habitantes de Lima, pues estos se encuentran divididos y subdivididos, y su color es diferente

No puede suponerse tampoco que la guerra haya tenido mucho que ver con el creciente número de difuntos listados en el Panteón en estos últimos años, porque aunque los conflictos civiles eran frecuentes desde el año de 1826, Lima no era la sede normal de tales enfrentamientos. Algunas tropas siempre estaban estacionadas en la ciudad, pero de ser excluidas de la estimación de la población normal del lugar, aun así, cualquier diferencia en la suma de la mortalidad generada por los soldados que fallecían en los hospitales y eran registrados en el cementerio, sería, muy probablemente, más que igualada por la falta del número de los *expuestos*, especialmente, los párvulos, cuyos restos eran enterrados irregularmente, de modo que no entraban en absoluto

según los enlaces que contraen, debemos agregar los cuadros que sobre el tema da el Dr. Unanue en su obra *Observaciones sobre el clima de Lima* (1815: XCVIII).

Enlaces		Hijos	Color	Mezcla
Varón	Mujer			
Europeo	Europea	Criollo	Blanco	—
Criollo	Criolla	Criollo	Blanco	—
Blanco	India	Mestizo	Blanco	—
Blanco	Mestiza	Criollo	Blanco	—
Blanco	Negra	Mulato	—	½ negro, ½ blanco
Blanco	Mulata	Cuarterón	—	¼ negro, ¾ blanco
Blanco	Cuarterona	Quinterón	—	⅓ negro, ⅔ blanco
Blanco	Quinterona	Blanco	—	—
Negro	India	Chino	—	—

El mismo autor ofrece el siguiente cuadro de enlaces retrógrados por medio de los cuales los hijos son de una apariencia más deslucida y se apartan cada vez más del blanco, que Unanue supone es el color primitivo del hombre (Unanue 1815: XCIX).

Enlaces	Hijos		Color
Negro	Negra	Negro	
Negro	Mulata	Zambo	¾ negro, ¼ blanco
Negro	Zamba	Zambo oscuro	⅔ negro, ⅓ blanco
Negro	Zamba oscura	Negro	$\frac{15}{16}$ negro, $\frac{1}{16}$ blanco
Negro	China	Zambo	

en los registros. Y en cuanto a las tropas de las montoneras, y otros que encontraron una muerte violenta en la ciudad o fuera de ella durante las últimas estruendosas escaramuzas, en conjunto fueron demasiado insignificantes para merecer noticia en este lugar, como se aprecia muy claramente por varias entradas en el registro de Pasos, el presente administrador y registrador del cementerio.